

RESEÑAS

**SOBRE *LA UNIVERSIDAD DE LAS CATACUMBAS:*
*FILOSOFÍA Y LETRAS EN DICTADURA***

MARÍA EUGENIA VILLALONGA

Eudeba, 2022

por

Lautaro Paredes

Universidad de Buenos Aires - FFyL

Licenciado en Letras por la UBA. Actualmente es integrante de la Cátedra Libre de Estudios Filológicos Latinoamericanos "Pedro Henríquez Ureña" y forma parte del consejo de redacción de la Nueva Revista de Literaturas Populares. Colaboró como becario durante el 2021-2022 en el marco del proyecto de UBACyT "Archivo y diagrama de lo viviente (siglo XX)".

Correo electrónico: lautaroo.paredes@gmail.com

ORCID: [0000-0002-3070-8080](https://orcid.org/0000-0002-3070-8080)

DOI: [10.5281/zenodo.10433561](https://doi.org/10.5281/zenodo.10433561)

Pura es la palabra. Requiere fuego. Hay ahí ceniza, eso es lo que toma sitio dejando sitio, para dar a oír: nada habrá tenido lugar salvo el lugar.

Jacques Derrida, *La difunta ceniza*

El testimonio trae consigo vida. Cuando Giorgio Agamben estudia los relatos sobre los campos de concentración de la Alemania del Tercer Reich y elabora su teoría sobre el testimonio en *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo (Homo sacer III)*, sostiene que “[s]i no hay articulación entre el viviente y el lenguaje, si el yo queda suspendido en esta separación, entonces puede darse testimonio” (2014: 137). El testimonio encuentra su espacio en el no-lugar de la articulación entre el lenguaje y la vida, la *bíos* y la *zōé*, lo humano y lo inhumano, en el no-lugar que (no) existe entre la lírica y el horror, generando un diálogo posible. En este no-lugar se ubica la reciente publicación de María Eugenia Villalonga, la cual estudia el campo intelectual y sus producciones durante la represión cultural que se dio en la última dictadura cívico-militar en la Argentina (1976-1983), recogiendo voces, experiencias, testimonios de una contra-cultura que se tejía en los márgenes del horror totalitario. Desde allí, su estudio propone poner estos testimonios a circular, retratar el cuadro de una época y, al calor de estos relatos, ver la vida cómo ocurre.

Villalonga pone el foco en los cursos parainstitucionales que se dieron en el área de las Humanidades (literatura, lingüística, filosofía e historia, principalmente) como una respuesta a la represión y pobreza cultural en la enseñanza oficial de aquellos años. Sostiene que

Los cursos dictados por Eduardo Romano, Beatriz Sarlo, Josefina Ludmer, Beatriz Lavandera, Nicolás Rosa y los numerosos cursos que muchos intelectuales dieron sobre estructuralismo, estética, sociología del arte, filosofía, psicoanálisis lacaniano, historia, economía y marxismo y que proliferaron en la ciudad de Buenos Aires son el núcleo de una experiencia pedagógica que se desarrolló durante el periodo más sangriento y represivo de nuestra historia: un rompecabezas que se irá armando a partir de las voces de muchos de los que lo atravesaron (2022: 36)

Sólo el inventario de los cursos (que puede leerse entre las páginas 44-45) ya es riquísimo. Éste registra las clases de Josefina Ludmer sobre Teoría literaria, de León Rozitchner sobre Filosofía o el curso de Ricardo Piglia sobre Crítica literaria, pero a la vez, da cuenta de una falta: la ausencia de los docentes y de los alumnos que asistieron a varios de estos cursos. Esta irreductibilidad de la parte con el todo, entre los cursos que sí se conocen y la “universidad de

las catacumbas”, es lo que hace posible y da vida a los testimonios que esta investigación analiza, y es el motor para realizar una cartografía de la enseñanza no oficial en dictadura.

En el primer capítulo se realiza un mapeo de las manifestaciones culturales durante la dictadura militar iniciada en 1976. Para hacerlo, Villalonga retoma el concepto de *resistencia molecular* de Carlos Brocato (1986). Según éste, la represión cultural del período generó una atomización de la cultura, por lo que sus manifestaciones se habrían dado de manera escindida y en ámbitos diversos. Las revistas subterráneas (como *Punto de vista*), las publicaciones del Centro Editor de América Latina (CEAL) y la literatura del período fueron las formas en que la resistencia cultural se realizó durante la dictadura, pero también los grupos de estudio en los que intelectuales, escritores y estudiantes se reunían para superar la decadencia de la enseñanza institucional. Este capítulo sitúa y desarrolla estas distintas formas de resistencia que se realizan en un campo cultural que se encuentra “doblemente fracturado”, afirma la autora retomando a Sarlo (2014).

El segundo capítulo aborda los cursos clandestinos del área de Humanidades que se realizaron durante el Proceso de Reorganización Nacional. Inicia reponiendo los antecedentes en Argentina de cursos parainstitucionales que la “universidad de las catacumbas” tuvo, para luego entrar de lleno en el estudio de los grupos de estudio que se formaron durante la dictadura iniciada en 1976.¹ En este momento de la investigación, Villalonga lista los cursos que pudo identificar y centra su estudio en cuatro casos en particular: las clases de Literatura y política de Eduardo Romano; los cursos trianuales de Josefina Ludmer sobre Teoría literaria; los cursos de Beatriz Sarlo sobre Literatura argentina y Teoría literaria; y el curso de Lingüística de Beatriz Lavarden. Este capítulo reúne los testimonios de quienes entonces asistieron a sus clases y de algunos de sus docentes para reponer no sólo los contenidos, sino también el campo de relaciones que se articulaba en torno a estos grupos de estudio. Se recuperan los mecanismos mediante los cuales se organizaban estos cursos, los espacios que los contuvieron, y el ámbito que se iba forjando para reflexionar sobre un tiempo incierto. Villalonga también pone de manifiesto la amplia diferencia de estos cursos con respecto a las clases en la UBA, dado que la “universidad de las catacumbas” trataba temas que estaban ausentes en la facultad, desde una

¹ Villalonga rastrea dos antecedentes cercanos a la “universidad de las catacumbas”: por un lado, los intentos de una universidad paralela realizados luego de la Noche de los Bastones Largos, durante el gobierno de facto de Juan Carlos Onganía y, por otro lado, los cursos clandestinos que se realizan por la intervención y cierre de universidades de la “Misión Ivannisevich”, realizada durante el tercer gobierno peronista.

perspectiva crítica que, a la vez, se hacía desde un marco teórico actualizado, y no desde el enfoque estancado que circulaba en la FFyL por aquellos años.

El siguiente capítulo se centra en las clases que se dictaban en la Facultad de Filosofía y Letras durante la dictadura:

Las opiniones negativas de los alumnos son unánimes: un nivel académico pésimo de sus profesores, salvo excepciones; ausencia de perspectivas teóricas; análisis literarios contenidistas y biografistas; imposibilidad de ejercer la investigación; un sistema muy rígido de aprobación con materias anuales y una importante carga horaria de lenguas clásicas, obligatoria para todas las orientaciones (Villalonga, 2022: 71)

Los cursos parainstitucionales en los que Villalonga se centra se levantaron como una respuesta a la decadencia académica que se vivía al interior de la UBA. Según los testimonios recogidos, los grupos de estudio no sólo abordaban contenido más actual e interesante que en la facultad, sino que a la vez se realizaba desde una pedagogía crítica que tenía la reflexión y el diálogo docente-alumno como horizonte gnóstico.

En el cuarto capítulo se despliega el marco teórico para pensar la resistencia cultural y la labor intelectual, el cual se pone a funcionar y se relaciona con la “universidad de las catacumbas” en el quinto y último capítulo. Toma como marco general los planteos de Pierre Bourdieu (1983) para pensar las relaciones entre campo intelectual y campo de poder, y el aparato conceptual elaborado por Michel de Certeau en *La invención de lo cotidiano* (2000). De Certeau comprende la cultura como un territorio en disputa, por ello utiliza nociones de la teoría militar. Desde allí, Villalonga retoma los conceptos de táctica y estrategia, y propone pensarlos como “dos modos opuestos de construcción del saber: la estrategia que, desde el poder, postula un lugar propio que sirva de base al manejo de sus relaciones, y la táctica como un cálculo que no puede contar con un lugar propio, porque su lugar es el del otro” (101). Catalogar los grupos de estudio que se dieron durante la dictadura como “resistencia” significa pensar que no hallaban su lugar en el territorio nacional. La noción de táctica permite estudiar las prácticas con las que estos cursos hacían circular la cultura como hábitos que se realizaban en terreno impropio, enemigo o ajeno a ellos. En este capítulo se desarrollan, por un lado, varias de estas prácticas, como las traducciones caseras de libros extranjeros, fotocopias, préstamos del material y reuniones marginales y, por el otro lado, las tácticas para habitar un espacio impropio.

“Nada habrá tenido lugar salvo el lugar” afirma Derrida (2009: 23) al recorrer la poesía de Paul Celan y sostener que ésta fue un resto de los campos de concentración. En esta dirección, Agamben propone que el sentido del testimonio no se encuentra en aquello a lo que su enunciado refiere, sino a su propia existencia como testimonio: “La huella, que la lengua cree transcribir a partir de lo intestimoniado, no es su palabra. Es la palabra de la lengua, la que nace cuando la lengua no está ya en sus inicios, baja de punto para –sencillamente– testimoniar” (2014: 39-40). El testimonio opera entre una posibilidad de decir y su tener lugar, vale por la *contingencia* que le permite dar cuenta de una ausencia, siendo que éste podría no haber sido. Los testimonios que se reúnen en *La universidad de las catacumbas: Filosofía y Letras en dictadura* recuperan el no-lugar que ocupó buena parte de la intelectualidad durante el gobierno militar y exhiben la falta de perspectiva cultural en las instituciones. Esta publicación pone a circular esas voces, y le da un lugar a la ausencia que se inscribe en ellas: la falta cultural en el ámbito público, sí, pero además estos testimonios recuperan a las catacumbas como espacio que funcionó a la periferia de 30.000 testigos imposibles.

Bibliografía

- AGAMBEN, GIORGIO. *Lo que queda de Auschwitz: El archivo y el testigo (Homo sacer III)*. Valencia: Pre-textos, 2014.
- BOURDIEU, PIERRE. *Campo de poder, campo intelectual*. Buenos Aires: Folios, 1983.
- BROCATO, CARLOS. *El exilio es el nuestro*. Buenos Aires: Sudamericana-Planeta, 1986
- DE CERTEAU, MICHEL. *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana, 2000.
- DERRIDA, JACQUES. *La difunta ceniza - Feu la cendre*. Buenos Aires: Ediciones La Cebra, 2009.
- SARLO, BEATRIZ. “El campo intelectual: un espacio doblemente fracturado”, en Sosnowski, Saúl (comp.), en *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*. Buenos Aires: Eudeba, 2014.